

La Ciudad de Dios

Por Ben House

30 de Enero, 2006

El famoso inicio de *El Cuento de Dos Ciudades* de Charles Dickens dice que fue el mejor de los tiempos y que fue también el peor de ellos. Siglos antes de esa novela, Agustín escribió un cuento de dos ciudades que surgieron en el peor de los tiempos.

El año 410 D.C. y el tiempo que le siguió vieron la sucesión de dos terribles eventos. Y estos eventos ocurrieron durante una etapa de la decadencia del Imperio Romano cuando las malas noticias eran algo común. Por muchos siglos los factores que en última instancia derribarían el imperio se hallaban compitiendo por alcanzar la futura noticia histórica. Proliferaba la inestabilidad política; la muerte violenta de un emperador ya no causaba ningún interés. Abundaban los problemas económicos. La moneda circulante romana se hallaba tan devaluada que el gobierno romano ya no la aceptaba como pago por impuestos. Las invasiones bárbaras habían desestabilizado las fronteras y había provisto la única nueva sangre en el imperio dispuesta a ocupar filas en el ejército. Pablo había escrito acerca de la depravación humana de la forma más gráfica en su epístola a los Romanos, capítulo 1, en el primer siglo. La evidencia que confirmaba tal depravación habría de encontrarse en las vidas, anteriores a su conversión, de los receptores de aquella carta. Y fuera de la comunidad cristiana tales conductas aún abundaban.

Los hábiles emperadores, tales como Dioclesiano y Constantino, habían encontrado maneras innovadoras de dividir y gobernar el ahora inmanejable mundo romano. Aún así, como escribiría William Butler Yeats de una época posterior, el centro ya no se podía sostener. Oficialmente cristiana, pero prácticamente multi-cultural y multi-pluralista, Roma se tambaleaba y tropezaba a cada paso en su camino a la disolución.

Entonces apareció Alarico, un cacique bárbaro y líder de los Visigodos. Alarico y compañía representaban las fuerzas de la ruptura cultural que asolaba al imperio. Los Visigodos habían atravesado la frontera oriental hacía casi un siglo. Roma los había encontrado inconvenientes como invasores, pero útiles como compradores de la mercadería romana. Cuando crecieron las tensiones en las regiones ocupadas por los Visigodos, Roma respondió con su característica solución a los problemas políticos – envió sus temidas legiones. Bajo el emperador Valencia, este ejército romano hizo su aparición, y quienes pasaban fueron testigos de una aplastante derrota militar. Sólo que esta vez los romanos fueron los derrotados.

En el año 410 Alarico dirigió su horda a la península italiana justo a las puertas mismas de Roma. Lo que Aníbal no había logrado luego de quince años de esfuerzo, Alarico lo logró con bastante facilidad. Los funcionarios de la ciudad de Roma se reunieron con Alarico y le advirtieron realmente que su hermano mayor podría darle una paliza; queriendo decir con ello que había ejércitos en camino para proteger a Roma. Alarico bostezó. Luego le preguntaron qué se necesitaba para conseguirle un boleto de salida de Roma. Alarico presentó una lista de demandas que incluía inmensas cantidades de oro, plata, vestidos de seda y casi cualquier otra

cosa de valor. “¿Pero, qué nos quedará?” preguntaron los funcionarios de la ciudad. “Sus vidas,” respondió Alarico.

Los funcionarios de la ciudad rechazaron las demandas de Alarico, así que él y su ejército visigodo disfrutaron de tres días de pillaje, saqueos y violaciones al mejor viejo estilo bárbaro. Todas las cosas que los padres de la ciudad le habían rechazado, ahora las tomaba, y con intereses. Los edificios fueron destruidos, personas fueron asesinadas y reinaba el caos. (Aunque parezca mentira los Visigodos respetaron los edificios de las iglesias. Y para los Visigodos, aquellos que allí se ocultaban eran, como el imperio mismo, nominalmente cristianos.)

El saqueo de Roma del año 410 fue una noticia que causó verdadera conmoción. Roma no había sido saqueada o invadida en 800 años. A pesar de que el centro político y económico del imperio había sido reubicado hacía mucho tiempo, Roma era aún, central y simbólicamente, el corazón del imperio. Gente de todos los modos de vida se vio sacudida por los eventos. Podemos identificarnos, en parte, debido al impacto que sentimos el 11 de Septiembre de 2001. El teólogo Jerónimo dijo, “¿Quién hubiera creído que Roma, edificada por la conquista del mundo, caería? ¿Quién hubiera creído que la madre de muchas naciones ha caído en su tumba?”

Sin embargo, a pesar de lo devastadoras que fueron las noticias del saqueo de Roma, hubo algo aún peor. A medida que la gente se pregunta porqué y cómo esto había sucedido, surgió una cierta interpretación con respecto al ataque contra Roma. Es lo que ahora llamamos el análisis o giro del evento. Y, como es común hoy, la espiral de la historia fue peor que la historia en sí.

En nuestro tiempo, nuestro país ha conquistado y ocupado en tiempo récord dos regímenes enemigos alrededor del mundo y con un bajo récord de víctimas. Si debíamos haber hecho aquello es otro asunto, pero el hecho es que la conquista y la ocupación han sido bastante increíbles – a menos que siga la espiral y la interpretación dada con tanta frecuencia en los mayores medios informativos.

De igual manera, durante la Ofensiva Tet de 1968 en la Guerra de Vietnam, el campo de batalla cambió de ser una guerra de guerrillas con grupos que realizaban incursiones y se convirtió en una guerra hecha y derecha con ejércitos completos luchando en contra de ejércitos completos, y el resultado fue una abrumadora victoria estadounidense en los campos, pero que fue seguida por una interpretación o espiral que destruyó la causa estadounidense.

¿Qué había en esta interpretación del saqueo de Roma que resultó tan devastadora? Después de los eventos del año 410, los paganos le atribuyeron el saqueo de Roma al hecho de no haberse apegado a sus dioses y mitos históricos. Aunque el imperio había sido tolerante con el Cristianismo por casi un siglo y el Cristianismo había sido la religión oficial por poco más de treinta años, el paganismo seguía siendo una fuerza muy poderosa. “¿Por qué sucedió esto?” preguntaban todos. “Simple,” respondían los paganos, “Roma abandonó a sus anteriores dioses y diosas que la habían protegido. Es culpa del Dios cristiano y de la gente cristiana.”

Desde nuestra perspectiva, los idólatras romanos se ven bastante tontos. Pero todas las idolatrías ya fallecidas se ven tontas. Puede ser que imaginar que Júpiter y Juno se ofendieran por un desaire no nos presente un desafío apologético, pero tenemos que arrepentirnos de nuestro propio temor a los ídolos antes de poderlos entender verdaderamente. El imperio se hallaba en medio de su propia guerra cultural. No había estados rojos y estados azules; no había un referéndum sobre el matrimonio homosexual; pero había guerras culturales que estaban siendo peleadas alrededor de todo el Mar Mediterráneo.

Los cristianos estaban asombrados por las acusaciones. Las reuniones familiares se volvieron tensas pues las suegras paganas reprendían a los yernos cristianos por abandonar las sendas antiguas. Los creyentes nominales y débiles se despertaban los domingos por la mañana y se preguntaban si debían ir a la iglesia hogareña al final de la calle o al templo de Diana que quedaba al otro lado del pueblo. “¿Ves? Te lo dije,” se convirtió en la reprimenda de los paganos hacia los conversos cristianos. Puede ser que las puertas del infierno no se hallaran a la ofensiva, pero parecían fuertes y seguras.

Para el año 413, un líder político cristiano del norte de África, Marcelino, reconoció que se debía hacer algo. Los refugiados cristianos llegaban diariamente a las costas del norte de África. Éste era una genuina retirada cristiana. La iglesia militante se estaba convirtiendo en la iglesia derrotista. Todo lo que se necesitaba para congelar el pastel pietista y en retirada era algún equipo ingenioso que escribiera la serie *Dejados Atrás*.

Marcelino apeló al Obispo de Hipona, en el norte de África, para que refutara las acusaciones de herejía. Aquel obispo, Aurelio Agustín, o como lo conocemos, San Agustín, se levantó de su lecho de enfermo, se fue a su estudio, y comenzó a escribir a toda prisa un tratado para responder a los paganos.

Trece años más tarde, el tomo ya completo llegó a los estantes de las librerías locales. Titulado *De Civitate Dei* o *La Ciudad de Dios*, este libro estableció los fundamentos vitales para los siglos subsiguientes de erudición, filosofía, apologética y teología Cristiana. Estableció de manera clara una visión cristiana de la historia, y como todos los paradigmas históricos, proveía una visión para la futura civilización cristiana.

Más que cualquier otro libro de su tiempo, o desde el mismo, *La Ciudad de Dios* señaló el fin del mundo antiguo y el comienzo de aquella nueva frontera ahora conocida como el período medieval. Más que cualquier otro libro éste aclaró que el significado central de la historia había de encontrarse en el reino de Dios y no en el reino del hombre, independientemente que el hombre se encontrara en Roma, París, Londres o Washington. Más que cualquier otro libro, este libro definió la diferencia en las dos únicas maneras en que existe la vida aquí en este mundo: la vida se halla en pacto con el Dios Trino verdadero y viviente, o se halla en rebelión contra este mismo Dios. Más que cualquier otro libro, este libro mostraba la bancarrota total de la cosmovisión pagana, que no ofrecía ninguna felicidad o bendición a la gente, ya sea en este mundo o en el mundo por venir. Más que ningún otro libro, este libro mostraba las bendiciones de ser el pueblo pactal de Dios.

Agustín dedicó los primeros diez libros o porciones de *La Ciudad de Dios* a una crítica devastadora y bien informada de la mitología y filosofía paganas. Rastreando a lo largo de las

historias, las creencias y los frutos del paganismo, Agustín trazó las corrupciones a sus mismas fuentes. Estudió y citó extensamente al mejor historiador del paganismo, un hombre llamado Varro. También acudió al filósofo que consideraba el mejor del montón, Platón. Como un joven seminarista que acaba de salir de una clase de apologética con Van Til, dirigió sus lanzallamas intelectuales a las contradicciones e incoherencias del mundo del pensamiento pagano.

Los cristianos, antes y después de Agustín, han luchado con la pregunta, “¿Qué tiene que ver Jerusalén con Atenas?” Como quiera que uno responda esa pregunta, algunos como Pablo en su época y como Agustín en la suya, tiene que marchar justo por el centro de Atenas, pasar al lado de los ídolos y declarar la verdad que derriba a estos mismos ídolos. En su poderosa crítica de la cosmovisión del enemigo, Agustín no solamente les enseñó a los lectores de su época a descansar seguros en la bancarrota de los oponentes del Cristianismo, también les enseñó a las futuras generaciones como batallar con sus propios demonios. La confianza de G. K. Chesterton en cuanto a la derrota del Darwinismo y otras herejías se hace eco de Agustín. La certeza de C. S. Lewis de la vindicación de Dios en el banquillo nos recuerda a Agustín. La obra *Cristianismo y Liberalismo* de J. Gresham Machen es una aplicación de los métodos de Agustín en el siglo veinte. Las críticas de las filosofías y teologías modernas que se hallan en las obras de Rushdoony, Schaeffer, Van Til y Schlossberg son versiones actualizadas de Agustín. Christopher Dawson simplemente aplicó la historiografía de Agustín a la historia europea. Gregg Singer aplicó los preceptos de Agustín a la historia Americana. Las obras de Phillip Jonson y Nancy Pearcey, lo mismo que las obras más antiguas de Henry Morris, en respuesta a la cosmovisión científica del Darwinismo, siguen el modelo de Agustín.

Después de triturar a los paganos durante diez libros, Agustín gira su atención hacia la construcción de una visión cristiana de Dios, el mundo, el hombre, la historia y la realidad. Bien entrenado en la retórica y la filosofía, Agustín no encontró su cosmovisión en los frutos de su razón bien entrenada. En lugar de eso, Agustín lleva al lector paso a paso a través de la Biblia. En la Biblia se encuentran los preceptos, los ejemplos, y los mandatos para una cultura cristiana. En aquellas doctrinas fundamentales de la creación, la caída y la historia redentora, se encuentran los planos para edificar una ciudad terrenal con fundamentos eternos. Igual que los grandes teólogos que seguirían sus pisadas, Agustín hizo teología escudriñando el texto de la Escritura.

Por supuesto que Agustín tropezó en las corrientes e influencias de su tiempo. No pudo trascender la filosofía griega o la cultura latina. Su teología se contamina en algunos puntos con los aspectos ascéticos y de retirada de buena parte de la iglesia primitiva. Por ende, Agustín no es el hombre al cual acudir en busca de directrices para la intimidad en el matrimonio. En ocasiones, hacía pobres aplicaciones o raras interpretaciones de la Escritura. Pero los errores y los pasos mal dados en la teología son fácilmente corregibles si la Escritura es el fundamento para la teología. Es una epistemología que se auto-renueva y se auto-corrige. De modo que, aún cuando Agustín estaba equivocado, estaba en lo correcto, porque se mantuvo señalando a la Biblia como fuente de la verdad.

La caída del Imperio Romano es ahora el tema de la historia y ocasionalmente de películas. Las religiones y mitos romanos han sido reducidos, desde hace mucho, a preguntas que se hacen en un juego de trivia. La amenaza visigoda a Europa ha desaparecido desde hace mucho.

Hace mucho que el norte de África dejó de ser centro del pensamiento cristiano. La crisis del año 410 ya se encuentra en el olvido, pero *La Ciudad de Dios* de Agustín sigue viva. Es más relevante para nuestras propias guerras culturales que los más recientes bestsellers. Es tanto un modelo como una instrucción para nosotros. Un niño que dice, “Tolle lege” o *tómalo y léelo* provocó la conversión de Agustín. Lo mejor que podemos hacer es seguir ese consejo con *La Ciudad de Dios*.

Ben House es el editor de <http://benhouseblog.blogspot.com/>

Traducción de Donald Herrera Terán, para www.contra-mundum.org